

MANUELA MESA

Otras formas de enfrentarse al terrorismo

El terrorismo internacional utiliza el espectáculo de la violencia para sus fines. En la “aldea global” de la comunicación de masas, la efectividad de la acción violenta parece depender tanto del daño causado como de su capacidad de intimidar a un amplio número de personas, y es por esta razón por la que la violencia terrorista, además de ser brutal e indiscriminada, tiene que ser espectacular. El hecho de que el atentado del pasado martes 11 de septiembre fuera televisado y presenciado por millones de personas en el mundo no fue casual. La imagen de los aviones estrellándose contra las Torres Gemelas de Nueva York y desmoronándose poco después, mostraba un acto de violencia cuya puesta en escena había sido tan cuidadosamente preparada como la de una producción cinematográfica. Se buscaba el mayor impacto mediático y emocional. Solo que en este caso era un hecho real, y superaba con creces al más disparatado guión del cine de catástrofes de Hollywood.

La reacción al atentado fue tan previsible como uno de esos guiones de cine, revelando las lógicas que operan en el imaginario colectivo, que la industria del entretenimiento de masas no ha dejado de mantener y reforzar. Desde el principio se apuntó como posibles responsables a un grupo palestino. En aquellos momentos iniciales de confusión y sorpresa no existía ninguna prueba, ni datos suficientes que permitiesen saber quiénes habían cometido aquella atrocidad. Una vez más, como en el atentado de Oklahoma, los “árabes” eran señalados como responsables. El estereotipo del árabe terrorista, su sociedad violenta y del islam como movimiento político radical, más que como religión o cultura, volvía a emerger en los medios. Los resultados no se han dejado esperar. Pese a los gestos de buena voluntad de la presidencia y otras instancias políticas de EEUU, se han registrado ataques a mezquitas, negocios y personas de origen árabe; se ha expulsado de vuelos comerciales a personas de origen árabe sin más argumento que su origen, y todo un sector de la población estadounidense de origen árabe se siente intimidado por sus compatriotas.

Manuela Mesa es coordinadora del área de educación de paz y desarrollo del Centro de Investigación para la Paz (CIP)

Tampoco ha contribuido a cuestionar esta visión estereotipada la alusión del presidente Bush a la “nueva guerra” como una “cruzada” “del bien contra el mal”, o la presentación de los hechos como una muestra de un “choque de civilizaciones” necesario e inevitable, en el que Occidente se enfrenta al Islam, haciendo referencia a las tesis del profesor Samuel P. Huntington. La respuesta del Gobierno estadounidense se ha definido en términos de represalia y venganza —“esta guerra la vamos a ganar”, “queremos a Bin Laden vivo o muerto”—, más que de justicia. Ese tipo de expresiones, del estilo de los *western* americanos, refleja una visión de la realidad en la que todo depende de la acción individual del justiciero armado —otro estereotipo de Hollywood— que se toma la justicia por su mano, más que de las reglas e instituciones en las que se basa el imperio de la ley.

Si la violencia como espectáculo es parte de la estrategia terrorista, también parece que es un elemento necesario de la respuesta de Washington. Se han previsto acciones encubiertas y medidas de inteligencia de todo tipo, pero también parece anunciarse una acción militar de gran envergadura que pueda ser televisada y, aun tratándose de una revancha, pueda presentarse como el símbolo de la justicia y del resarcimiento de las víctimas. En términos simbólicos, ello podría ser el equivalente de las ejecuciones a las que se permite asistir a los familiares de la o las víctimas del condenado.

La exaltación del patriotismo contribuye a justificar los deseos de revancha. Una parte importante de la opinión pública apoya estas medidas como la única respuesta posible; según las encuestas, ocho de cada diez estadounidenses están de acuerdo con una intervención militar sobre Afganistán y la captura del supuesto responsable. Esta particular concepción de la justicia y la cultura de la violencia convierte en inevitable y necesaria una opción militar masiva que puede no ser la más acertada, y que probablemente traerá más víctimas inocentes y no atajará el problema. Otras experiencias muestran que una acción exclusivamente militar no sirve para acabar con el terrorismo, sea nacional o internacional, y que las respuestas violentas forman parte de la lógica esperada de acción-reacción de las que se nutren las organizaciones terroristas.

El terrorismo internacional no desaparecerá con la eliminación de Osama Bin Laden y de su red. Es un fenómeno mucho más complejo, que no responde sólo a voluntades individuales sino a complejos problemas políticos que a menudo se ha renunciado a resolver. El terrorismo extiende sus redes a nivel global: en los campos de refugiados palestinos, en Irán, Pakistán y en Siria; pero también en sectas, milicias y otras organizaciones integradas por ciudadanos estadounidenses, y que al igual que las anteriores se caracterizan por el nacionalismo exacerbado, el integrismo religioso, o por propagar teorías conspirativas basadas en el odio al Estado.

Pensamiento crítico, conocimiento mutuo

La sociedad estadounidense necesita conocer más sobre el mundo en el que vive, sobre los efectos que la política exterior de su Gobierno ha tenido sobre millones de personas en el planeta. Necesita comprender que el terrorismo tiene complejas causas políticas, económicas y sociales a las que esa política exterior no ha sido ajena, y no es simplemente la encarnación del mal o el resultado de organizacio-

nes diabólicas. El recurso a lógicas irracionales y a este tipo de retórica, aunque pueda servir para galvanizar voluntades, no es una buena guía para hacer política. No se trata, obviamente, de justificar lo injustificable o de convertir a las víctimas en culpables. Pero es necesario ayudar a comprender que el apoyo a dictadores, la financiación de ejércitos irregulares –en Centroamérica, en Pakistán o en el África Austral– que pudieron justificarse por razones geopolíticas, también están, en ocasiones, en el origen de este fenómeno. Que el apoyo incondicional a Israel y la renuncia a encontrar una solución justa al conflicto de Oriente Próximo durante casi treinta años, también comportan costes y riesgos para EEUU. Que actuar como un aprendiz de brujo, al formar radicales en las *madrasas* (internados religiosos) de Pakistán con financiación saudí, puede acabar generando un fenómeno tan monstruoso como el de los talibán. La cosecha de fanáticos dispuestos a matar y morir por su fe cuando sus líderes religiosos se lo pidiesen sirvió para expulsar al ejército soviético de Afganistán, pero hoy esos estudiantes se han convertido en enemigos de EEUU por dar cobijo al supuesto responsable del atentado. Resulta irónico ver algunas producciones cinematográficas de ese periodo. “Rambo III”, por ejemplo, fue rodada en 1988. Presenta a los *muyahidin* como aliados de Washington, animados por una noble causa pese a su integrismo religioso, y explica que son invencibles debido a que están dispuestos a morir por su fe. Esta popular película, en cuya escena final aparece una dedicatoria al pueblo de Afganistán, se puede convertir en un molesto recordatorio de los manejos de Washington en esa región en las dos últimas décadas.

Con todo esto, garantizar la seguridad de sus ciudadanos no dependerá de una acción militar más o menos espectacular, o de propuestas tan ridículas como que los pilotos de las aeronaves comerciales lleven una pistola al cinto. Aunque no hay que excluir acciones de carácter militar o policial, la mejor forma de combatir el terrorismo internacional a medio y largo plazo es promover un mundo más justo y equitativo, y ello exige cambios profundos en la política exterior estadounidense y en general del mundo occidental. Una política orientada al fortalecimiento de la democracia y el respeto de los derechos humanos, a la eliminación de la pobreza, al diálogo y la cooperación a través de un sistema de gobernación mundial más equilibrado. Pero no parece que sea esa la tendencia que va a seguir Washington, que está primando una solución militar frente a la solución política. Un ataque militar sobre Afganistán creará de manera inmediata una crisis humanitaria de grandes proporciones, con miles de refugiados agolpándose en las fronteras, y agravará el resentimiento y la percepción de injusticia de buena parte del mundo árabe y de otras áreas del planeta.

Compromiso con las soluciones pacíficas

El atentado del 11 de septiembre va a suponer un cambio en la política global. Es preciso reflexionar y trabajar en todos los ámbitos y las estructuras sociales, desde la educación hasta la economía, de la defensa a la política exterior, para hacer una crítica y una revisión del papel del uso de la fuerza y la violencia y, en general, de los mecanismos internacionales de seguridad colectiva, con especial referencia a la ONU. A medio plazo necesitamos ciudadanos capaces de exigir a sus dirigentes

*La mejor forma
de combatir el
terrorismo
internacional
es promover un
mundo más
justo y
equitativo, y
ello exige
cambios en
la política
exterior
estadounidense
y del mundo
occidental*

que en situaciones como esta se respete la legalidad vigente, se aplique la justicia y se busquen medidas preventivas. Para ello, se debería promover propuestas creativas, basadas en la razón y la justicia, para resolver los conflictos y fortalecer la ciudadanía y la democracia. Es un proceso largo que implicará a todas las instituciones y al conjunto de la sociedad civil y la clase política.

A los medios de comunicación les compete una mejor selección de las imágenes y mensajes que difunden. Es necesario evitar la demonización del mundo árabe y superar los prejuicios y estereotipos existentes. Las sociedades europeas y estadounidenses son multiculturales y lo serán más en el futuro, y es necesario promover espacios de encuentro que favorezcan la convivencia y un mayor conocimiento entre los diferentes grupos sociales y culturales.

Las instituciones educativas podrán contribuir incorporando en el aprendizaje visiones del mundo globales e integradoras, que muestren las crecientes interrelaciones que existen en la economía, la cultura, la ciencia, la política; ofreciendo, además, claves para interpretar los conflictos en toda su dimensión. Y promoviendo valores relacionados con la justicia, el respeto de los derechos humanos, la participación y la solidaridad.

Las organizaciones sociales y las instituciones políticas habrán de abrir un espacio real de participación y debate en las decisiones que adoptan los Gobiernos, y en impulsar instituciones internacionales que garanticen el respeto de la ley y la justicia. En estos momentos de cambio, es esencial evitar que en el viejo dilema entre seguridad y libertad se opte por eliminar de un plumazo una amplia gama de libertades ciudadanas que no ha sido fácil conquistar. Esto quiere decir que se debe respetar la presunción de inocencia, que no se puede criminalizar a los inmigrantes, ni obtener ni manejar información privada de los ciudadanos. También que se debe trabajar en la promoción del desarrollo en aquellas zonas del planeta en que sus habitantes no pueden cubrir sus necesidades básicas, y que no tienen más futuro que la desesperación. Esto significa que la agenda de la ayuda al desarrollo no debería pasar a un lugar secundario, desplazada por un mayor gasto en seguridad y defensa, sino que, por el contrario, éste debería ser el momento de impulsarla y consolidarla.

Finalmente, el pensamiento, el conocimiento mutuo y la fuerza de la razón deberían ser los instrumentos que nos permitieran sobreponernos al horror y plantear otro tipo de soluciones ante sucesos como los ocurridos. Debería ayudar a superar el deseo primario de venganza, y la rabia de saberse poderosos y descubrirse vulnerables. El dolor y la muerte no tendrían que ser el origen de más dolor y más muerte. Deberían dar fuerzas para buscar respuestas que no provoquen más víctimas y que ayuden a romper el ciclo de la violencia.